

## CUENTOS

### LA PALABRA OLVIDADA \*

Esa mañana me desperté con una sensación de vacío, como si parte de mi cuerpo se hubiera quedado olvidado en algún rincón del sueño sin ganas de salir a la superficie. En realidad, no era demasiado extraño, hacía varios días que me ocurría lo mismo. Durante unos segundos me quedaba quieto, petrificado en la blanda calidez de la cama sin sentir nada pero sabiendo que, al mismo tiempo, todo estaba ahí, hasta que el hueso se resquebrajaba e iba dejando paso a las formas cotidianas de mi habitación. Hay veces que trato de imaginar qué ocurriría si me quedara para siempre atrapado en ese limbo donde no existe tiempo ni espacio. En ese preciso momento no se me ocurrió una respuesta, o sea que, lo único que hice, fue levantarme, preparar el desayuno y levantar las persianas. Recuerdo claramente que me llamé la atención, al mirar por la ventana, ver una niebla espesa que envolvía la ciudad, y tal vez fuese el sentido de oscuridad o confusión, lo que me hizo pensar en un libro sobre laberintos que había leído hacía unos años. En todo caso sé que no le di mayor importancia, aunque en verdad, debo reconocer que la imagen me acompañó durante toda la mañana, mientras realizaba algunos trámites relacionados con la venta de la casa de la calle Bogotá. El resto del día se evaporó fácilmente entre los intrincados pasillos de Tribunales y alguna que otra consulta en el estudio.

El día siguiente fue igual, salvo por la llamada de Vicky que me recordaba la cena de esa noche con Jorge y Mónica que habían regresado hacia tan sólo una semana de Espa-

\* José Luis López Galés.

ña. Nos encontramos a eso de las nueve de la noche en un restaurante del centro, al que solíamos ir, frecuentemente, en otro tiempo. Era un lugar pequeño y tranquilo. A esa hora muy pocas personas habitaban el local, lo que nos permitió elegir mesa. Nos decidimos por una que estaba del lado opuesto a la entrada, cuestión de resguardarnos bien del frío y conversar más tranquilos.

Curiosamente, durante toda la cena, hablamos muy poco del viaje de Jorge y Mónica. Casi toda nuestra charla giró en torno a la vieja casa que yo estaba por vender y los días en que era tan fácil quedarnos por horas discutiendo acerca de un libro que nos entusiasmaba, los días de la facultad, de los amores fugaces, de las reuniones multitudinarias que tenían como excusa el estudio y que terminaban casi siempre en fervientes discusiones sobre un tema musical, alguna película o simplemente nuestras vidas, como en verdad debe ser toda reunión de amigos que se precien de tales. Creo que, entonces, era inevitable que esos recuerdos nos llevaran a pensar en Claudia y su prolongada ausencia.

La última noticia que había tenido, era una carta suya que había recibido dos semanas atrás, proveniente de un lejano pueblo del sur, cerca de la cordillera. Entre la cantidad de acontecimientos que me contaba, lo más rescatable parecía ser el hallazgo de un manuscrito que le llamaba poderosamente la atención, más por su autor que por sus dichos. La descripción de cada uno de los pasos que había dado hasta encontrarlo ocupaba casi dos hojas, y sólo al final de la carta me expresaba su deseo de verme en forma urgente. Agregaba además, lo cual me parecía bastante misterioso, que debía guardar el secreto de su descubrimiento hasta que nos viéramos. No había vuelto a tener noticias de Claudia en todo ese tiempo. Al terminar el relato, tanto Vicky como mis amigos, coincidieron en que les parecía una de las tantas locuras de Claudia, sin nada en especial. Para mí, en cambio, la lectura de la carta había sido como recibir un golpe desde muy atrás, con la certeza de que algo que no alcanzaba a precisar había cambiado definitivamente.

Del resto de la reunión no cabe destacar nada más. Cerca de las dos de la madrugada pagamos la cuenta y salimos del restaurante. Afuera nos recibió un frío húmedo, por lo que nos despedimos rápidamente de Jorge y Mónica, y fuimos en busca del auto, estacionado a dos cuadras del

lugar. Ya estábamos instalados dentro del coche cuando le dije a Vicky que, antes de llevarla a su departamento, debía pasar por la casa de la calle Bogotá a buscar unos documentos que necesitaba. Ella no se opuso, aunque supongo que le pareció un tanto raro mi deseo. Creo que presentía que nuestra conversación de esa noche escondía algo más profundo, quizás la secreta razón que me unía a Claudia, el invisible lazo que ella nunca había podido cortar. Probablemente por eso, no hablamos demasiado durante el viaje, sólo alguno que otro comentario acerca de la niebla que dificultaba la visión y hacía aún más largo el trayecto.

Habremos llegado cerca de las tres de la mañana. La cuadra se encontraba tal como yo la recordaba, como si el tiempo se hubiera detenido, especialmente, para regocijo de nuestra memoria. Una sola luz, en lo alto, la alumbraba, un poco difusa a causa de la niebla y, tal vez por eso mismo, tardé en reconocer a la persona que estaba junto a la puerta, el espanto al saber que era Claudia la que yacía ahí, con sus manos aferradas a la reja, temblando de frío por una fiebre altísima que le ganaba el cuerpo. Tardé unos segundos en reaccionar y un poco más en sacarla de esa posición y llevarla hasta el coche. La recosté en el asiento trasero, cubierta por mi abrigo para que tuviera un poco de calor, pero cuando quise salir me detuvo su mano que, aferrada a mi brazo, parecía implorarme que no me fuera. Balbuceaba algunas palabras incomprensibles, producto sin duda del estado febril y su dificultad para respirar, pero que, a juzgar por el esfuerzo que realizaba para decirlos, debían ser importantes. Lamentablemente no llegué a saberlo en ese momento, porque casi enseguida perdió el conocimiento. No cabía otra cosa, ante la gravedad de su estado, que llevarla a un hospital. Vicky se acordó de uno que no quedaba muy lejos y, dada la urgencia de la situación, hacia ese lugar nos dirigimos.

Unos quince minutos tardamos en llegar e internarla. Al rato vino un médico de guardia que, luego de revisarla, nos dijo que debía esperar que la fiebre bajara para poder realizar los análisis y medicarla. Momentáneamente, lo mejor que podía hacerse era aplicar el suero y esperar. Nos preguntó después si era factible encontrar algún pariente de Claudia para avisarle lo que pasaba, a lo cual respondí que era imposible, ya que sus padres habían muerto cuando ella era muy chica y su única familia era una tía octogenaria que se hallaba postrada en un asilo. Sólo quedaba yo, que si bien no pertenecía a la familia, era su mejor amigo. Le

aseguré, además, que me haría cargo de todos los gastos que ocasionara su internación y posterior tratamiento.

Cuando hube terminado mi charla con el médico, me volví hacia Vicky que, curiosamente, se había mantenido en silencio, sumida en sus propios pensamientos, y viendo su cansancio le rogué que tomara un taxi y se fuera a su departamento a descansar. Yo me quedaría esa noche y los días que hiciesen falta hasta que Claudia se recuperara. No se resistió demasiado, a pesar de que no le gustaba dejarme ahí solo, pero ante mi súplica entendió que ésa era la solución más conveniente. Por lo tanto, la acompañé hasta la salida del hospital y se fue, no sin antes prometerme que volvería al otro día para saber cómo estaba mi amiga. Ahora, viendo todo a la distancia, no me parece tan extraño que Vicky no haya vuelto en los días que siguieron, o que yo me fuera alejando paulatinamente de su lado. Todo era parte de un mismo juego, un juego que ninguno de los dos podía entender conscientemente, como si te cantasen jaque mate sin haber comenzado la partida.

De esa forma se fue una semana, esperando despertar de esa feroz pesadilla. Muy de vez en cuando volvía a mi departamento, y siempre por una o dos horas. Todo el resto del tiempo lo pasaba dentro del hospital, en su cuarto, sentado cerca de su cama, observando cómo la fiebre la devoraba sin poder hacer nada más que tomarla de la mano y darle un poco de agua fresca. A veces, si me concentraba un poco, podía sentir cómo corría la sangre por sus venas, igual que si yo estuviera dentro de su cuerpo, entendía su infinito horror al saber que era imposible despertar, que la fiebre la perseguía incansablemente por los miles de pasadizos de su mente. En esos momentos, sus manos se aferraban fuertemente a las mías buscando a tientas el otro lado, el pasaje de fuga que la comunicara a la otra Claudia, con la que yo había crecido imaginando fantásticos castillos en los cuales esconder nuestros tesoros. La misma Claudia que, ya adulto, podía encontrarme, como por casualidad, en una calle cualquiera o al doblar una esquina, buscando siempre un objeto mágico, una clave que descifrara el sentido de nuestra existencia. Cómo no sentir entonces un inmenso dolor al verla en esa cama, aguardando un rescate que no llegaba.

Sin embargo, una tarde se produjo el cambio. Había ido hasta el departamento a bañarme y cambiarme de ropa. Cuando volví al hospital, al entrar en su habitación sentí el

olor profundo, penetrante, de un perfume que no pude reconocer, y vi a Claudia despierta. Estaba esperándome y me pidió que me acercara. La fiebre parecía haber amainado, aunque sus ojos brillaban intensamente en la penumbra del cuarto. Su voz sonaba lejana cuando me dijo que debía buscar un libro en mi vieja casa. Me explicó que el libro contenía una palabra que ella necesitaba desesperadamente conocer, y, aunque pareciese una locura, la única persona que podría verla y decirse la era yo. Ante eso, lo primero que atiné a decirle fue que no sabía cómo buscarla, pero ella ya no me escuchaba, unas lágrimas corrían por sus mejillas, hasta que de pronto comenzó a gritar mientras se revolvió frenéticamente en su cama. Llamé de inmediato a la enfermera que vino rápidamente, y le dio un sedante, el cual hizo efecto casi de inmediato.

Durante unos minutos me quedé paralizado, ahí, al borde de su cama, sin saber qué hacer. Estaba demasiado asustado, aturdido por un torbellino de imágenes confusas. Sentía que estaba yendo detrás de algo que aún no alcanzaba a comprender, como si un dios misterioso hubiera decidido los movimientos de antemano. Di vueltas varias veces a la misma idea sin ningún resultado positivo hasta que, finalmente, me decidí a ir en busca del libro.

Al salir del hospital ya era de noche. A lo lejos se escuchaba la sirena de un barco. La niebla seguía estacionada en la ciudad y un frío intenso se hundía en mi carne. La gente había desaparecido de las calles, refugiándose seguramente en el calor de sus casas. A pesar de una tenue llovizna que comenzaba a mojar me el rostro, decidí ir caminando hasta la casa, tratando de ordenar mis emociones, de encontrar una explicación a aquello que me parecía irreal. Tuve, entonces, la sensación de que me alejaba a cada paso de los valores conocidos para entrar en un terreno fangoso, como si caminara por un túnel rumbo al pasado, entre telarañas y moho.

Todavía pensaba en eso cuando llegué a la casa. Cruzé el pequeño jardín y abrí rápidamente la puerta principal. Me detuve en la sala y encendí las luces. Recorrí muy despacio cada una de las habitaciones vacías, respirando los silencios, las voces de los fantasmas que la habían habitado. Supongo que aún temblaba cuando entré en la biblioteca y sentí el olor profundo de un perfume que inundaba el cuarto. Sobre el escritorio estaba un libro abierto, como si alguien, recientemente, hubiera estado leyéndolo. Pensé en

Claudia, pero era imposible, ella no tenía las llaves de la casa y, además, la habíamos encontrado fuera de allí. Comencé a revisar el libro y no tardé mucho en darme cuenta de que se trataba del libro sobre laberintos en el que había pensado hasta sólo unos días, al ver la niebla por la ventana. Fui pasando cada una de las páginas, cada frase, con una extraordinaria voracidad, dejándome envolver suavemente por la trama. Es muy probable que en ese momento tuviese fiebre muy alta, porque los ojos se me iban cerrando y las letras se esfumaban ante mí. Después sólo sé que me dormí y tuve un sueño. El sueño era una habitación vacía, cuatro paredes y una sola puerta. Del otro lado venían las voces de unos chicos que, a juzgar por el tono, daban la impresión de estar jugando. La curiosidad me llevaba a abrirla, para no encontrar nada más que la oscuridad y una sola voz que pronunciaba una palabra, casi un aullido, el anuncio que daba paso a una boca gigantesca que me tragaba. Me desperté sobresaltado. El reloj marcaba las doce del mediodía, y en la habitación algo había cambiado, el libro ya no estaba en la mesa.

De lo que pasó después sólo me quedan imágenes fragmentadas: mi salida apresurada de la casa, un taxi y el rostro de una enfermera tratando de hacerme comprender que nunca había visto a una mujer llamada Claudia internada en ese hospital, que todo era un sueño, una locura pasajera y que lo que debía hacer era irme a mi casa. No sé bien si, más tarde, vomité en un baño o simplemente estuve llorando. Lo último que recuerdo es que anduve vagando días enteros por las calles, como un poseído, buscando algún dato que me condujese a ella, recorriendo los sitios más lúgubres de la ciudad. A consecuencia de eso enfermé durante varios días, y cuando finalmente me repuse, vendí la casa.

No he vuelto a buscar a Claudia desde entonces. Algunas veces me pregunto por ella, qué caminos recorrerá, y siento pena. Otras, me imagino que está ahí nomás, del otro lado de la puerta, que bastaría abrirla para verla nuevamente, esperándome como siempre. O como el otro día, cuando salía de un bar y la vi en la vereda opuesta, y sin poder contenerme le grité y corrí tras ella. No respondió a mi llamado. La seguí algunas cuadras, pero cada vez estaba más lejos de ella. Quizá me equivoqué en ese instante, aunque, al darse vuelta (tan sólo una ráfaga) estoy seguro de que eran sus ojos los que brillaban afebrados en la oscuridad, buscando la salida, la clave oculta que ha de sacarla al-

gún día de allí, donde sólo existe la niebla que yo miro por la ventana y que me hace pensar, extrañamente, en un libro sobre laberintos que he leído y ya no recuerdo.

#### SEGUNDO VIAJE A LUGARES COMUNES \*

Nunca segundas partes fueron buenas, pero tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe, y como a la ocasión la pintan calva le puse una peluca, empaqué mis bártulos y me lancé a la aventura por los caminos de Dios.

Todos los caminos conducen a Roma, así que no necesité conductor. Arribé a la Ciudad Eterna, me tuvieron de la Ceca a la Meca y al caer la tarde estaba muerto de cansancio, o sea que no estaba muerto. Los pies me dolían horrores. Jugué varios partidos infiltrado (en el equipo contrario), por amor a los colores del club y al de los dólares que me pagaban. Hasta que me hice atender por un verdadero mago de la medicina, y el dolor desapareció como por arte de magia.

Tan feliz suceso retempló mi espíritu, y me fui a París donde no pude encontrar a las famosas cigüeñas que traen bebés a la Argentina. Viví un tiempo en la Ciudad Luz, y ¡no quiero contarles lo que fue la cuenta de electricidad!

En menos que canta un gallo me decidí: tomé las de Villadiego, que eran bonitas pero un poco tontas, puse pies en polvorosa y me largué con viento fresco. Ya estaba lejos cuando el gallo cantó: alguien le había quitado la mordaza.

Muchas familias dieron abrigo al peregrino, quien al final instaló una tienda de venta de abrigos. Muchas señoras dieron de comer al hambriento, y siempre le dieron habas cocidas, porque en todas partes se cuecen habas.

Quise conocer el ombligo del mundo, pero el mundo se negó a sacarse la camiseta de frisa invocando el intenso frío reinante, que estaba sentado en su magnífico trono de oro y diamantes, mandoneando como se pueden imaginar.

Para ir a ninguna parte pero rápido, elegí la vía aérea. Compré un pasaje abierto y lo hice cerrar. Los rieles estaban tan oxidados que al instante comprendí que se trataba

\* Fermín P. Ubereano.

de una vía muerta. Vino el forense, le extendió el certificado de defunción, y la enterraron con todos los honores, y hasta con un ataúd de bronce.

Persistiendo en mi propósito, me dirigí hacia la zona bancaria, entré raudamente en una institución, saqué número y conseguí butaca en un cheque volador, que en un abrir y cerrar de ojos me hizo un significativo guiño. Caí en el más profundo de los sueños, pero la caída fue una desgracia con suerte: no se me rompió ningún hueso ni el amuleto de plástico irrompible.

Me sacaron del pozo. Salí de la sartén para caer en el fuego. Un negro presentimiento se apoderó de mí, pero me liberé, le di un puntapié en la espinilla y el moreno se quedó blanco como el papel blanco. Llamé a los bomberos, llegaron en un santiamén y me echaron un balde de agua fría. Ellos no se andan con paños tibios...

Esperé quince minutos y pasó mi cuarto de hora. Le hice dedo, me dio la mano y yo me tomé hasta el codo. La borrachera fue de las bravas, por culpa del vino, que era malo, y además era mucho.

De todos modos ascendí al vehículo, y para no pagar me cubrí la cabeza y viajé de gorra. Hasta la próxima estación, que era la primavera. Allí descendí y me planté con siete y medio pero el gorgojo arruinó la cosecha.

Yo me sentía realizado, mi alegría no tenía parangón porque no lo necesitaba. Finalmente yo había alcanzado el mayor lauro, había llegado a la cátedra en una alta casa de estudios (tres pisos), cuya fama era la admiración de los países limítrofes y Perú.

Dicté clases. ¡Cómo dictaba! Fue una experiencia maravillosa ver a los copistas (disfrazados de alumnos) escribir desesperadamente cuanta imbecilidad yo decía, para después oír a las máquinas repetidoras (disfrazadas de alumnos) repetir maquinalmente mis enseñanzas: ubi lex non distinguit..., quien puede lo más..., al que nace barrigón..., y no recuerdo que sigue porque la memoria me fue infiel y tuve que pedir el divorcio, por el qué dirán, usted sabe, vecina. Y por los cuernos.

Fui a Sevilla y perdí mi silla. La perdí jugando al truco. Con trampas. Ellos. Ellos mejor que yo. Fuse la otra mejilla, me dieron otra cachetada.

Poco después un golpe de suerte cambió mi vida. Aquel chichón me acompañó durante años y años.

Mucho después la fortuna me sonrió, y yo le devolví la sonrisa para no quedarme con nada ajeno. Encontré una aguja en un pajar, y con ella pude zurcir mis destrozadas ilusiones. Vendí la aguja por chaucha y palitos, pero estaban tan gastados que no servían para nada. No me quedaba otra: se los regalé a los pobres, a quienes tampoco le servían para nada. Estaban bien educados y me agradecieron de un modo conmovedor, asegurándome que jamás olvidarían mi gesto, y que yo era "flor de gaúcho". O algo parecido, no entendí del todo bien, porque se me llenaron los ojos de lágrimas. De cocodrilo, claro.

Tantas emociones habían minado mi salud. Recordé a quien fuera como un padre para mí: mi padre. Empecé el regreso.

Aplastado por el peso de los años, volví al hogar y entré por la rendija debajo de la puerta. Los años no habían pasado en vano: habían pasado en ciclomotor.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado. El príncipe y la princesa se casaron, vivieron felices y comieron perdices. Ellos preferían otras comidas, pero era su obligación: en el final de los cuentos, los príncipes y las princesas siempre comen perdices a rajacíncha.

Sin otro motivo, saludo atentamente al infatigable viajero doctor Jair: abogado, profesor universitario y periodista, desde su Brasil natal hizo —deliberadamente— la primera excursión intensiva por los lugares comunes. Muchos lo hacemos todos los días sin darnos cuenta.

(Estruco)

El viaje se compuso con variaciones castellanas sobre una idea de Jair Francisco Hamma, *Viagem a lugares comuns*, publicado originalmente en el diario "O Estado" de Florianópolis, y recopilado junto con otros artículos del mismo autor en el libro *O detetive de Florianópolis*, Editora de la Universidad Federal de Santa Catarina en coedición con "O Estado", Florianópolis, 1983, p. 104-106.

#### POR EL HONOR \*

Temblaba. Con su vista empañada escrutaba los gestos del profanador.

\* Ignacio Adrián Lerer.

No podía explicarse su parsimonia, su indiferencia. No entendía cómo había ocurrido.

Mancillar el honor, ultrajar su honra; infamia tras infamia cometida, hasta la última; estocada certera y final.

Los ojos le resultaban demasiado pequeños como para retener —dentro de sí— tanta impotencia bañada en lágrimas de sangre. Se imaginaba el castigo merecido, el rayo con que la Divinidad debía fulminar al pusilánime violador.

Mas su cobardía, su inveterado temor, su extremo instinto de autoconservación le hacían callar. El calvario, atroz, volvía a su memoria una y otra vez. Sin embargo, de su boca no saldrían nunca las palabras que una tras otra, a borbotones, sangraban desde su corazón.

¿Cómo aceptar la humillación? ¿Por qué resignarse, con el desdén de los demás, ante tanta injusticia e iniquidad?

Le preocupaba, también, la inevitable aparición del dedo acusador: los demás lo señalarían, reconocerían en él, de inmediato, al objeto defenestrado impunemente. Y él, indefenso, no podría explicar nada.

Por eso se justifica una y otra vez al relatar su actitud; no hay quién lo convenza de la innegable cobardía, de lo despreciable de su reacción.

No durmió por unos días, con sed de venganza. Caminó incansablemente, recorrió calles y casas, hasta encontrarlo.

Sabía que esa tarde todo se conjugaba para lanzar el ataque final.

Decidido, se dirigió hasta el primer piso de ese edificio demasiado grande como para creerse helénico, demasiado conocido como para quitarle confianza.

Lo encontró de espaldas, leyendo un libro apoltronado en el verde sillón.

Sus manos se crisparon. Su pulso se aceleró hasta dejarlo sin respiración; sentía el corazón obturándole la garganta, sus sienes se ensanchaban, desacompañadas.

Tomó fuerzas —en estos casos no puede hablarse de valor— y, con una tranquilidad insaudita, pero previsible, sus labios esbozaron un obsecuente saludo, para luego casi sin hesitar, pedirle al profesor que, en vez de un ocho, le pusiera un diez.